ANDREA VILLEGAS

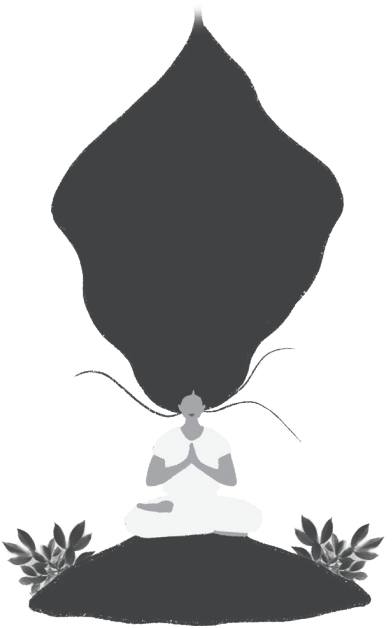
Una pausa en tiempo express

NovaCasa | Auditorio

Rebélate,
toma una pausa,
en este libro
«parar»
está permitido.

Para mi mamá
…y cada persona que está atravesando un momento difícil:
que esta pausa te ayude, abrace y fortalezca.

A veces mostrar las cicatrices de uno, le revelan al otro que sus heridas también pueden sanar.



Basada en hechos reales

Introducción

Dicen que las primeras cinco líneas son fundamentales para que un libro atrape, que las primeras diez páginas deben ser lo suficientemente dinámicas y cómplices con el lector para que este continúe leyendo. De pasar lo contrario, el libro quedará botado en el olvido de cualquier cajón, caja o biblioteca.

He tratado de hacer alguna de estas dos cosas y les confieso que he fracasado en el intento. Pues este relato, del cual hoy serán testigos, no contempla esta idea. El descubrirlo, entenderlo y quererlo no es una tarea sencilla. Al igual que cuando uno conoce a una persona, el proceso lleva tiempo, horas, no se logra conocer verdaderamente a alguien de la noche a la mañana, incluso a veces uno puede llegar a la muerte y aún sentir que no la ha conocido. Por lo que es imposible de plasmar en cinco líneas, o en diez páginas, lo que me ha sucedido.

Como cada proceso personal, es muy difícil que pueda complacer al «resto», a todos o alguno (complacer aquello que está fuera de mi propio ser, no está en mis planes por el momento). Y no es por rebelde o caprichosa; pero ciertamente pasamos la vida entera buscando satisfacer al otro, nos perdemos en lo que el otro espera de uno y nos movemos (permanecemos en constante movimiento) intentando conseguir esto. Sin darnos lugar a complacernos, sanarnos y observarnos a nosotros mismos.

Por esto me disculpo (en especial contigo que estás leyendo) por no buscar complacerte y simplemente escribir, sin la intención de que tu lectura sea extremadamente atractiva. Ciertamente pienso, que si recibes un uno por ciento de la intensidad con la que cada palabra llegó a mi vida antes de ser escrita, valió la pena publicar este libro.

Por eso te invito a ser paciente, quédate quieto, en pausa y disfruta de este libro; pues para mí escribirlo significó una experiencia espiritual, esperanzadora e inolvidable en búsqueda de poder sobrevivir en lo efímero, indiferente y mundano del mundo moderno.

En mi búsqueda hallé muchas preguntas, algunas respuestas; pero jamás perdí mi objetivo:

Encontrarme.

1

Miro hacia abajo y la inmensidad del mar me invade. El balcón es angosto, pero parece inmenso en el estado paranoico, desesperado e histérico en el que me encuentro. Con mis ojos llenos de lágrimas, temblando como una hoja de papel que se asoma por la ventanilla un día de viento, casi sin poder pronunciar una palabra, al borde de mi propia locura, grito:

«¡¿Por qué me pasa esto?!»

Y antes que termine la frase, con las manos apretando fuertemente mi pecho, siento que algo ha empezado a cambiar en mi interior.

2

Déjenme advertirles antes de avanzar con la lectura que no soy buena relatando mis propias experiencias, aun siendo escritora (o mejor dicho redactora publicitaria y poeta) tengo el conflicto de no poder resumir o ser concreta cuando de mí se trata. Por eso, siempre he optado por escribir poesías y guiones que cuentan experiencias, situaciones y lugares que en algún momento me inspiran; pero son ajenos a mi persona, en cierto modo.

Tengo un problema cuando intento hablar acerca de mí, tiendo a magnificar las cosas, a perderme en los detalles, a ser extremadamente minuciosa. Siempre dicen que exagero, que me voy por las ramas y luego de mil vueltas vuelvo al punto principal de la cuestión. Comentan que se necesita tiempo cuando empiezo a hablar, porque me detengo en lo finito de cada parte, haciendo de una simple anécdota algo infinito, interminable. Tal es así, que un exnovio chileno, un pololo como dicen en el país vecino, una vez utilizó un término muy divertido, que aún hoy nos causa gracia con mis amigos. Él, en medio de uno de mis relatos, cansado al escucharme detener en cada detalle, dijo «¿¡Por qué le *poní* tanto color!?», y sin duda debe ser así. No me gusta ver en monocromo, disfruto descubriendo co-

lores, en todo lo que hago, pienso y siento. A veces, se me pasa el día simplemente coloreando. Y no sé si es algo bueno o malo.

Quizá para entender el dolor de mi súplica (en el balcón del nuevo departamento de mis padres, hace poco amueblado, donde aún se siente el olor a pintura fresca mezclada con el aroma costero del mar), debemos recorrer juntos el camino que me llevó a pensar incluso en quitarme la vida, en alguna ocasión.

De modo que, los invito a subirse en mi montaña rusa. Abrochen su cinturón de seguridad, tomen un Dramamine para el mareo, porque esta historia se viene con muchas paradas, destinos, vueltas y curvas; pero no olviden lo más importante: **disfruten de este viaje**.

3

No me siento bien, les aseguro que no sé si a estas alturas sumo o resto. He pasado por tantos cambios, realizando maniobras de curvas y contracurvas a tanta velocidad, que ni un piloto de carrera podría ejecutarlas sin sufrir un accidente. Han pasado tantas historias de amor en esta última década y media (y sin duda son historias de amor porque así las he vivido, con amor puro y verdadero) que ya el rosa en mi vida no es solo rosa, sino más bien tengo una paleta indefinida de rosas: rosa coral, rosa gélido, rosa flor de lis, rosa crema de papaya, rosa carmín. Digamos que soy una paleta tan amplia de «amor color de rosa» que hasta Miguel Ángel envidiaría mi capacidad de matizar.

Quizá ustedes ya estén en pareja, con hijos, o tal vez estén pasando por un segundo o tercer matrimonio, o un difícil divorcio, o por qué no atravesando una feliz separación, a lo mejor perdieron a su amor, o como yo, aún estén esperando ese amor color único, rosa único e inolvidable que borre a todos los rosas antes nombrados para ser por fin su gran amor color rosa, o como dice mi tía Leti: «Que sea del color que quiera, pero que me haga inmensamente feliz».

En mi caso, este último año (el cual desearía olvidar, pero la pastilla de «Olviditis Aguda» aún no se inventa) he pasado por

el rompimiento de un compromiso. Sí, así es, me estaba por casar y suspendí la boda ocho meses antes de entrar con el vestido blanco y vivir toda la pantomima de un *fiestón a todo trapo*. La señorita, quien les escribe, decidió dar marcha atrás y sin pestañear se retiró del partido, sin goles, ni penales; pero con una hinchada apasionada (suegra, hermana, cuñada, amigos, algún vecino) que al día de hoy sigue cada tanto entonando los cánticos de nuestro equipo, el equipo de Fabi y Andre. Y si eso ya les parece una complicación, para qué contarles que la historia sigue, porque doce meses, en algunas vidas, parece mucho más tiempo... y por eso hace unos meses atrás, la *rompe bodas* no creía que ese dolor fuera suficiente y se embarcó en algo más, así es, a mi lista de malas decisiones le sumé la estúpida idea de «Un clavo saca a otro clavo» y mantuve, por pocos meses, una relación con un individuo que sin duda era mejor perder que encontrar.

Lo gracioso es que dejé de lado un posible futuro matrimonio, después de una relación de idas y vueltas durante tres años con Fabi, por un muchachito inmaduro con pocos sesos, que traía grandes promesas y pocas virtudes. Para que ustedes puedan divisar mejor la situación, les diré que abandoné un lujoso barco con tripulación, para embarcarme en un botecito sin remo ni salvavidas y vivir el más nauseabundo paseo por alta mar junto al *clavito* con el cual después me metí. De todos modos ninguna de esas dos embarcaciones me llevaría a buen puerto.

No hace falta aclararles que por suerte al *clavito* ya lo dejé y no es por él que estoy aquí en el balcón, sino por el sinfín de situaciones que me han llevado a plantearme: ¡¿qué carajo estoy haciendo para que a los treinta y dos años, recién cumplidos, todavía no tenga lo que la sociedad denomina una **«vida realizada»**, es decir, hijos, marido, un perro y un auto tamaño familiar?! En vez de eso, estoy soltera, a dos días de haber renunciado a mi trabajo, sin hijos, ni perro (ni siquiera quiero

tener un pez) y mi auto es un simpático New Beetle al que adoro saludar cada mañana, porque siempre sonríe y cariñosamente llamo Vainilla.

Más allá de lo mal que suena la banda sonora de mi película, la cual protagonizo, escribo y dirijo, llamada «Andrea, una mujer atravesando su tercera década sin lograr las metas que la sociedad impone»; debo admitir que a veces miro a mis amigas ya casadas o a mi hermana que tiene dos hijos menores de cinco años —a los que adoro— agotadas por la demanda constante de sus familias y me siento orgullosa de mi situación actual. Porque amo a los niños y todo lo que ellos despiertan, como son los juegos, las monerías y ocurrencias espontáneas que solo un niño puede transmitir con tanta lividad; pero también amo comer a cualquier hora, dormir y dormir sin que nadie interrumpa mi sueño, ponerme tacones altos para alguna fiesta sin pensar en acarrear niños y bártulos varios antes de salir, meterme en la bañera y no pensar en nadie más que en mi persona; por solo nombrar algunas de las tantas cosas que amo de mi vida de soltera sin hijos. Y aquí es donde me pregunto: ¿Será que este disfrute en medio de la soledad hace decantar a mis relaciones en fracasos no deseados, pero quizá buscados?... o acaso ¿será que mi ojo está entrenado para encontrar individuos que, muy a mi pesar, *nada* tenían que ver con lo que yo esperaba de un «felices para siempre»?

4

Hay mañanas en las que me cuesta despertar, no sé el motivo, pero siento como si mi cuerpo hubiese recibido una buena golpiza, en vez de un sueño plácido durante la noche. Incluso he comprado la almohada con tecnología inteligente *soft*, que se amolda a mi cabeza para un buen descanso; pero parece que la mía salió media embustera, porque cuando no puedo dormir lo *soft* no lo encuentro por ningún lado.

Hoy, estoy en uno de esos días. Miro por la ventana, el sol parece invitarme a despertar con gran energía; pero no hay caso. Estoy atrapada en mi cama y encadenada por la angustia existencial de no saber qué hacer con mi vida. ¿Por qué tengo que levantarme? ¿Para qué? ¿Qué haré hoy si no tengo ganas de nada?

Me siento culposa por pensar así. Soy de esas personas afortunadas a las que se les ha dado todo, movilidad, salud, techo, comida, oportunidades, familia, amigos y aun así estoy tristemente amaneciendo. Soy consciente de lo injusta que soy si comparo mi vida con las grandes tragedias mundiales, como los niños que mueren de desnutrición o las personas que en un hospital luchan por su vida. Estoy siendo «una gran desagradecida»; pero no puedo evitarlo. La tristeza me invade y sinceramente no tengo ni un poco de ánimo para salir de la cama.

La tristeza la describen como un estado anímico provocado por un decaimiento de la moral. Es la expresión del dolor afectivo que se demuestra mediante el llanto, el rostro abatido, la falta de apetito. Los teóricos aclaran que a menudo nos sentimos tristes cuando nuestras expectativas no se ven cumplidas o cuando las circunstancias de la vida son más dolorosas que alegres.

¿Decaimiento moral? Aquí en esta habitación está todo tan caído, que el pantalón a cuadros de mi pijama es la única opción de vestuario, los ojos me arden de tanto llorar y en la mesa de noche no hay espacio para colocar un pañuelo usado más.

Otros afirman que la mayoría de las emociones, como la felicidad, preocupación, ira o tristeza se regulan mediante una combinación de la percepción psicológica y una reacción biológica. Por lo que, cuando percibimos una serie de eventos como negativos, nuestro cerebro reacciona ante ello cambiando los niveles de ciertos compuestos químicos que provocan la experiencia emocional que llamamos tristeza, lo cual obviamente es variable de persona a persona y a mí parece devorarme.

Por otra parte algunos pensadores, como Osho, son más optimistas y declaran que uno puede disfrutar de la tristeza. Según Osho, uno puede identificarse e incluso transformarse en testigo de este estado y disfrutar del momento de tristeza, porque esta tiene su propia belleza. Para él, la tristeza tiene algo profundo. Cuando uno está triste no debe percibirla como las olas en la superficie, sino como la profundidad misma del océano, millas y millas. Pues si la felicidad es ruidosa, la tristeza tiene un cierto silencio. En eso déjenme decir que coincido. En esta habitación hace tiempo que me acompaña el silencio, un silencio absoluto y envolvente, al punto tal que a veces siento o imagino el sonido mismo de este silencio, como si fuera un viejo amigo, que me observa sin decir una palabra.

Sea como sea, aquí estoy en un estado de abatimiento y las únicas ganas que tengo es que acabe el día antes de que em-

piece. Vienen a mi cabeza los besos que en vano he dado este último tiempo y me duele la boca de solo recordarlos ¿Cómo algo que me hizo tan bien, hoy me puede hacer tanto mal? Sé que muchos cantautores dicen que «el amor, es amor cuando duele»; pero no debería ser así. El amor debería ser algo glorioso, cuidado, amable.

Mi mamá, una mujer cordial, de gran inteligencia emocional, cabellera rubia y corte clásico (melena por encima del hombro), amante de su hogar, la yoga, sus dos nietos y su marido; es decir, mi padre (aquí pido un aplauso porque lleva más de cuarenta y dos años al lado del mismo hombre; yo hoy en día me haría una fiesta con payasos y fuegos artificiales si lograra mantener una relación con algún hombre por un año) y sin duda, para mí es la persona más sabia que conozco cuando nos referimos al estudio sobre el comportamiento humano; siempre bromea diciendo que el enamoramiento guarda su verdad absoluta en la misma palabra. Observen esto **«en-amor-miento»**. ¿Cómico, no? Ella siempre comenta que cuando nos enamoramos, vemos en el otro aquellas cosas que deseamos ver; creamos una ilusión, una imagen a veces tan distorsionada que no somos capaces de dilucidar quién es el otro en realidad y ahí nos empezamos a mentir. Por eso debe ser que estar enamorada ha sido fabuloso para mí. He visto lo que he anhelado ver, sin percibir más que eso. ¿Qué hay del resto? ¿Dónde queda todo aquello que tapamos? ¿Los restos siguen existiendo aunque no los queramos ver? Lamentablemente la respuesta es «sí». Hay restos por doquier y esos restos cuando aparecen van cubriendo los rosas inventados con trazos grises de realidad. Sin duda, basándome en mis experiencias, sin darme cuenta, estoy haciendo una cátedra en «Mitomanía del amor», porque yo sí que en el amor me he mentido bastante.

Me gustaría poder quedarme en la cama, dormir sin parar hasta que mi cuerpo se acomode, dormir hasta que en verdad sienta que he descansado lo suficiente como para volver al rue-

do. Quiero dormir, soñar y volver a dormir... no como una depresiva, no para evadir la realidad, quiero dormir porque así lo quiero. Porque lo necesito.

Mi cuerpo no ha empezado su labor diaria y ya está agotado. No es por hoy, es por ayer, antes de ayer, el mes pasado y quizá llevo un cúmulo de exhaustivos días que ameritan estar en estado onírico, aunque sea por hoy.

¿Por qué no hacerlo? ¿Por qué no revelarme contra mí misma y esta «necesidad de hacer», siempre hacer, para declararme capaz de descansar? ¿Por qué no arrancar las presiones absurdas impuestas por la familia, la sociedad y este mundo moderno que se acelera con cada gota de oxígeno? ¿Por qué no arrancar del menú de obligaciones diarias la hoja que habla sobre estar siempre «disponible», «enérgica» y «bien dispuesta»?

¿Puedo hoy simplemente quedarme en la cama?

Tengo esa torpeza de sentir que «algo está mal» si solo me quedo en la cama para sentirme bien. Me he convencido a lo largo de mi vida que debo ser productiva, producir lo mayor en el menor tiempo, dejar lo mejor de mí en la cancha, dar siempre más; la voz en mi cabeza suena así:

«¿Estás cansada?... No lo suficiente. Andrea usted puede, siempre puede. Salga al mundo a demostrar que sí se puede, aun agotada y triste, usted puede dar un poco más. Siempre más. Sume, nunca reste. Dé todo. Vamos, ¿qué esperas? Un nuevo día, una nueva oportunidad».

Y así cada día me levanto y produzco, elaboro, hago, dispongo; porque «de no hacerlo, no estaría viviendo». Qué cruel puedo ser conmigo misma, si quizá simplemente puedo permitirme hacer una pausa. Quizá hoy puedo descansar. Tomar fuertemente la almohada y cerrar los ojos. Sin excusas, sin permisos, sin culpa. El mundo seguirá girando y yo por muy dormida que esté aún seguiré existiendo en este mundo. Nada grave pasará porque yo me permita por primera vez parar y descansar ¿O sí?

Toda la vida he aprendido que «no puedo descansar» al menos que sea domingo o vacaciones, «no puedo dormir hasta tarde» al menos que me considere vaga o mi despertador se haya quedado sin baterías y así los «no puedo» se han apoderado totalmente de mi tiempo ocioso, al punto tal de convertirse en un «creo» que arrebata toda posibilidad destinada al remoloneo.

Esto se terminó. Hoy puedo, quiero y estoy dispuesta a no hacer nada. No importa si el mundo explota. Si el mundo quiere explotar, entonces que explote (tampoco creo que pueda hacer mucho si eso sucediera).

Tengo derecho a descansar, porque así lo creo. Tengo derecho a no hacer nada, porque eso es lo mejor que hoy puedo hacer.

«Declaro hoy:
que tengo derecho a mimarme,
a mí y a mi cuerpo,
tengo derecho a descansar y
a dormir porque lo necesito
y así lo quiero.
¡He dicho!»

Y sin más nada que admitir, aliviada al despojar las presiones del reloj, cierro los ojos y hasta que no desee dormir más... dormiré.

5

Me despierto renovada, ya no deseando un té, sino más bien un café. Entro a la cocina todo parece en orden, tal como lo dejé la noche anterior. No sé si han pasado horas o días, pero qué lindo es poder dormir. No quiero quitarle la magia a este momento, por eso prefiero no mirar el reloj ni el calendario de mi celular, así el misterio de las horas transcurridas, tras mi derecho adquirido al «descanso sin presión», sigue su curso.

Este café está delicioso, parece de esos que solo se consiguen en las buenas cafeterías.

Pensar que en algunos lugares del mundo un café puede indicar el principio o fin de una relación.

Recuerdo cuando estaba en Turquía a orillas del Bósforo y conversé con una mujer turca, poco más grande que yo, que lucía un *look* muy occidental a pesar de que ella era nacida bajo el régimen musulmán.

Ella se autodenominó como «miembro de la nueva generación de mujeres residentes en Estambul» y no es extraño que esto suceda, ya que es la ciudad más poblada de Europa y, como en todo, cuando hay cantidad hay mayor probabilidad de encontrar diversidad.

Esta nueva generación nació hace más de ochenta años, después de la fundación de la república, donde algunas mujeres

como ella, enmarcan a la «turca moderna». Estas mujeres delinean una gigantesca brecha mental, cultural y política, que divide a las mujeres turcas tradicionalistas de las que no lo son. La mayoría de ellas pertenece a la clase social media y tratan de restablecer la libertad de expresión religiosa en un país mayoritariamente musulmán. Actualmente, si uno va por las calles de Estambul, que se ha convertido en una gran ciudad cosmopolita, es muy frecuente ver que una mujer use un pañuelo con lindo color y diseño en la cabeza, tapando su cabello y cuello mientras que otras no; o que una madre se cubra la cabeza, o quizá todo su cuerpo, y sus hijas adolescentes solo lleven un hiyab.

Estas mujeres modernas se maquillan, perfuman y cuidan su aspecto siguiendo los usos y modas de la cultura occidental; en modo opuesto a las mujeres conservadoras que, siguiendo el mandato y la obligación religiosa, cubren su cuerpo y no prestan mayor atención a los parámetros relacionados con la moda al mostrarse en público.

El hiyab es un velo que cubre la cabeza y el pecho de las mujeres musulmanas desde la edad de la pubertad. Ellos creen que el mandamiento de mantener la modestia debe interpretarse en relación con la sociedad que lo rodea y el uso del hiyab comunica modestia y reserva. Este atuendo mediante velos da paso al ocultamiento del cuerpo femenino. De todas maneras, su uso es muy variable en las distintas sociedades de religión musulmana y hay diferencias relacionadas también con el ámbito

rural o urbano, la clase social, como es el caso de nuestra amiga turca que solo lleva un pañuelo de seda brillante color azul intenso, con arabescos celestes y envuelve sutilmente sus cabellos y pecho, sin ocultar ninguna parte de su rostro.

El desarrollo y la necesidad de expresarse por parte de mujeres como ella (que conservan aún algunos patrones del islam, pero quieren tener un carácter menos gris y conservador, rompiendo la falsa dicotomía entre la moda y la ropa étnica) ha crecido a tal punto que llegaron a crear incluso una revista llamada *Âlâ*, donde se utiliza el mismo leguaje y composición visual para mostrar sus prendas y modelos que en las revistas de moda occidental como *Vogue*, pero resaltando los nuevos estilos y últimas tendencias de la moda islámica.

Esa es una de las cosas más maravillosas que tiene este lugar, la apertura que tiene para combinar, sin mezclar, ni invadir, lo mejor de lo oriental con lo occidental, lo moderno con lo antiguo; no solo en sus mujeres y vestimenta; sino también en sus tradiciones, arte y arquitectura. Un claro ejemplo se ve cuando al recorrer esta ciudad uno visita el puente del Bósforo (que es un puente colgante que une la parte asiática con la parte europea de la ciudad de Estambul). Al pararse sobre este se puede visualizar de un lado la extraordinaria arquitectura oriental representada a través de mezquitas, casas bajas y ferias por doquier; mientras que del otro lado uno encuentra un paisaje asombrosamente distinto, donde los edificios vidriados, las modernas construcciones y los diseños occidentales deleitan a todo aquel que se atreve a echar un vistazo.

Esta encantadora mujer conversaba conmigo sobre cómo leer la borra del café, y aquí hago un paréntesis. Siempre llamó mi atención todo lo referido a la parapsicología, magia y predicciones. He dedicado gran parte de mi tiempo a investigar y explorar sobre el tarot, las runas y obviamente estando en Turquía intenté aprender acerca de la lectura del café.

La lectura del café o cafeomancia es el arte de adivinar y analizar el pasado, presente o futuro de una persona a partir del café. Su origen no es certero; pero ronda entre turcos, libaneses, gitanos, armenios, árabes y europeos; los cuales hasta el día de hoy se disputan la procedencia y lo practican de generación en generación.

Para entender sobre qué trataba, me pidió que bebiera mi café lentamente, concentrada en lo que deseaba saber, liberando (según lo que ella denominó) mi traspaso de energía. Al finalizar mi último sorbo, ella tomó la taza y la volcó abruptamente sobre un plato. En un silencio absoluto, hizo algunos movimientos, girando dos o tres veces la taza sobre el plato. Luego la levantó y observó las figuras que aparecían en el fondo, las paredes y borde de esta. Debo confesar que quedé sorprendida cuando la espesa borra comenzó a dibujar trazos que formaban de a poco imágenes marrones, con textura y cuerpo. No entendía la totalidad del dibujo. De repente apareció misteriosamente, entre las líneas trazadas con aroma a café, un avión suspendido sobre algo similar a edificios. Se veía claramente (hasta un niño lo podía descifrar) en aquella pequeña taza.

Ella sonrió al ver mi cara estupefacta frente al dibujo y rompió el silencio diciendo con un tono alegre, mientras sostenía la taza entre sus manos:

—Sí, así es. Conocerás tantos lugares en el mundo como puedas. Viajar para ti es un placer absoluto, es tu libertad.

Ciertamente es creer o reventar, porque hace años que no he parado de viajar, yendo y viniendo por el mundo, a veces con pequeñas mochilas, otras con valijas gigantescas; todo me parece un buen motivo para viajar.

He conocido lugares que han generado sensaciones extraordinarias en mi vida ordinaria, nutriendo mi vista, olfato y paladar de una manera impensada. ¿Que si ha sido un placer recorrer el mundo? Es uno de los motivos principales por los

que a veces se cuela una sonrisa de lado cuando me miro al espejo, aun en días aturdidos y solitarios como los que he pasado últimamente.

Conversamos por más de una hora, cada palabra pronunciada con sus labios delineados rojo carmín me resultaba sumamente interesante.

El mundo del café en este país es más extenso de lo que imaginaba hasta ese momento. Según me relató, el café tiene un significado fundamental en su cultura incluso a la hora de «pedir la mano». En las zonas rurales, las familias influyen mucho al decidir con qué persona han de casarse los jóvenes. Por eso la novia ofrece café al novio y su familia cuando este tiene intenciones de pedirle al padre su mano. En esta situación, la novia es quien prepara y ofrece el café. Para probar el comportamiento del futuro marido, de vez en cuando, se suele poner sal en vez de azúcar al café del novio. Si el novio lo toma sin decir nada, entonces se piensa bien sobre él. Si no lo toma y dice que contiene sal, se piensa que el novio es una persona brusca e insoportable.

Parece que independientemente de la cultura, la etnia y la religión, todas las mujeres buscamos lo mismo: **un hombre gentil.**

6

Siempre me gustaron las cosas turcas y las costumbres de su gente. Por ejemplo, ellos toman (al igual que yo cuando estoy allí) un desayuno opíparo con un poco de té, queso fresco, pan, mantequilla, mermelada o miel, acompañado a veces de humus (pasta de garbanzos, ¡qué delicia!) y aceitunas, y ya están listos para empezar su día. Claro que debo decir que en mi segunda visita por tierras turcas, al desayuno le agregaba uno de mis manjares favoritos, los dulces con pistacho. Se conocen como *rahat lokum* o *lokum*; pero para mí son un bocado cautivador hecho por los dioses. Este dulce tradicional y gelatinoso del tipo caramelo blando de textura gomosa, espolvoreado con azúcar o aromatizantes frutales, se encuentra en todas partes y suele tener diferentes rellenos, como pistacho, avellana o nuez. Es verdaderamente delicioso, aunque comer más de uno puede ser algo empalagoso.

Otra cosa que adoro, y por eso es uno de mis destinos favoritos, es la hospitalidad en la cultura turca. Ellos saludan siempre, están atentos a poder ayudar y servir a quien lo necesite. Uno siempre puede sentir afecto y cercanía al

entablar una conversación con alguien de la zona. Ni hablar de lo carismáticos que pueden ser al momento de sus ventas. Es admirable lo que son capaces de hacer y decir con tal de vender. Eso sí, no hay que olvidarse que el regateo es un arte para ellos, por eso no debemos dejarnos llevar por sus encantadoras palabras y mantener una postura lo más desinteresada posible, si en verdad nos interesa adquirir el producto. Pues las cosas en esta parte del mundo parecen no tener un precio definido. Uno puede adquirir un mismo objeto, en la misma tienda y vendido por el mismo comerciante, por valores totalmente distintos según la cara del cliente.

Lo más aconsejable es trabajar sobre el sentimiento de pérdida y no exteriorizarlo al momento de querer comprar algún objeto. Hagamos de cuenta que estamos interesados en adquirir un objeto en particular y no se logra llegar a un acuerdo con el precio a pagar en primera instancia; es bueno dejar el objeto con el vendedor y seguir caminando tranquilo con dirección a otra tienda; entonces es posible que el vendedor nos vuelva a llamar y se esfuerce en bajar el precio del objeto lo que más pueda. En cambio, si huele una pizca de ansiedad, exceso de interés o sentimiento de pérdida hacia el objeto, tomará revancha y no se moverá de su postura arrogante y simpática de vendedor de «la última Coca-Cola del desierto», sin bajar, ni negociar el precio del objeto que nosotros queremos adquirir.

Recuerdo que hace unos años, mientras visitaba Estambul, todas las mujeres del grupo salimos

a recorrer la ciudad para un paseo de compras. Por cuestión de gustos y tiempo, decidimos comprar cada quien por su lado y movernos individualmente por las tiendas; acordamos reunirnos a las 5.00 p.m. para tomar un café en el jardín que se encuentra entre la mezquita Azul y la iglesia de Santa Sofía. Así lo hicimos. Lo divertido del asunto fue al encontrarnos. Todas estábamos felices por nuestras nuevas prendas y objetos adquiridos; mas las risas surgieron en modo espontáneo al darnos cuenta que todas habíamos coincidido en comprar unas *pashminas* (que son un tipo de pañuelo largo, tejido de lana de cachemir o seda de diversos colores) que estaban de moda en ese momento, pero cada quien había pagado por el mismo producto un precio distinto. Algunas habían conseguido un buen acuerdo comprando la *pashmina* por solo dos euros, pero otras habían llegado a adquirirla por diez euros o más.

Por eso, para poder disfrutar de un paseo de compras por estas tiendas, al momento de comprar uno debe tener claro que está entrando *al casino de las compras*, pues «la casa siempre gana» y uno se lleva lo que puede, al mejor valor que consiga, en el juego del regateo.

Otro día, caminábamos por la ciudad de Estambul con mi madrina (que al igual que yo admiramos todo lo referido a Turquía, sobre todo sus hombres) porque ella quería comprar un abrigo de cuero. Por tal motivo, nos dirigimos a la parte europea de la ciudad, llegamos al centro de «la ciudad vieja». Allí nos encontramos con el monumental Gran Bazar, que por su tamaño y extensión es considerado uno de los más grandes del mundo.

Imagínense que este sitio recibe un promedio diario de cuatrocientos mil visitantes, que buscan enloquecidos encontrar «aquel artículo» que necesitan y en medio de esa muchedumbre nos encontrábamos nosotras, perdidas entre los largos pasillos de una de sus sesenta y cuatro calles.

Luego de pasar por varias tiendas (joyería, orfebrería, especias y alfombras) encontramos una casa de cueros que nos llamó la atención, pues había varios modelos tendidos a lo largo de todo el local. El vendedor pasó horas mostrándonos sus diseños, hasta él mismo se probaba, con gran entusiasmo, algunos abrigos para convencerla. Al ver que ella aún no estaba segura sobre la calidad del producto, el vendedor (de apariencia similar a una estrella morena de cine) tomó un encendedor tratando de quemar la prenda de cuero. Nosotras asustadas miramos la escena de cerca y lo increíble fue que parecía magia en vivo, porque había llamas, pero el abrigo seguía intacto. Él sonrió y dijo:

—Lo ve, hermosa dama, no se quema, es cuero original. ¡Original!

Luego nos explicó que cuando uno se encuentra frente a una prenda de cuero original es fácil reconocer y diferenciar esta de una con cuero sintético, si tomamos en cuenta todos nuestros sentidos. Al tacto el cuero original es liso y flexible, al olfato se puede apreciar un olor natural a piel, no a plástico;

pero si en verdad uno quiere sacarse la duda y que «no le vendan un buzón» hay que tomar riesgos. Para esto se debe exponer la prenda al fuego, entonces se podrá observar dos factores que evitarán cualquier confusión en la compra. La primera es el aroma, el fuego al tomar contacto con cuero genuino desprende un olor similar al del pelo quemado. En segunda instancia, para nuestro mayor asombro, la prenda no presentará quemaduras.

No hizo falta más nada, salimos de la tienda sorprendidas y felices con tres abrigos de cuero genuino; no uno como habíamos pensado, sino tres, uno de cada color. A mi parecer, los mejores libros de *marketing* y venta deberían redactarlos los turcos.

¡Son lindos los turcos! Es más, mi primer novio era de descendencia turca. Recuerdo con él mi primer beso: fue en una plaza frente a mi escuela, tenía dieciséis años recién cumplidos y, como cualquier primer beso, me sorprendió. No estaba ni un poquito preparada para tal episodio, no entendía bien qué era lo que estaba haciendo, pero me gustó. Fue gracioso porque el *turquito* quedó boquiabierto cuando al finalizar el beso, que parecía más bien una pelea de lenguas, recibió la fatal noticia de que ahora era mi novio. Así es, para ese entonces yo no concebía la idea de que alguien me besara sin ser mi novio, había esperado demasiado ese momento y si nos habíamos besado, entonces éramos novios.

Pasamos tres años y medio juntos, fue una relación divertida e infantil. Debo decir que él era simpático como pocos, casi un payaso que a todos podía hacer reír, emprendedor y deportista, lo único malo era que le hacía demasiado honor a sus ancestros (aunque pensándolo bien, hombres a los que no les gusta la monogamia hay en todo el mundo y en todas las culturas) y un día lo encontré en el *living* de la casa de mis padres besándose con una de mis compañeras de escuela. ¡En la casa de mis padres! ¡Donde yo vivía! Sentado en ese mismo sillón donde habíamos visto películas, tomado la merienda y dormido juntos la siesta mil veces.

Creo que ver esa escena inesperada en el sofá fue la primera pincelada gris sobre el rosa puro del amor y gracias al *turquito* mujeriego: ¡bienvenida a mi vida la desagradable desconfianza!

Para la psicología social la confianza se ve más o menos reforzada en función de las acciones que cada individuo emprende. Esto me lleva a pensar que es algo que no se regala, o te regalan; sino más bien algo que en un actuar constante, dentro de lo que el otro espera y uno espera del otro, se gana. Por lo cual la confianza se gana, siempre se gana.

Incluso los estudiosos en el comportamiento humano definen a la confianza como la esperanza firme de que otra persona actúe como uno lo desea, brindando con su actuar una gran seguridad, especialmente al emprender una acción difícil o comprometida, como es sin duda una relación de pareja.

Es como si esa persona en la que uno confía tuviese un certificado de garantía de por vida. Como si uno pudiera saltar al vacío, sabiendo que aquella persona sin duda estará abajo para sujetarnos.

El problema con el *turquito* resultó ser que éramos tantas las mujeres que tenía que atajar, que no sé si conmigo habría llegado a tiempo. Antes de hacer la prueba y desplomarme contra el piso, preferí terminar la relación, junto con el arranque de una nueva etapa en mi vida: la universidad.

7

Miro por la ventana y el sol está justo en frente, radiante. Deben ser cerca de las 7.00 p.m., sé que dije que no quería saber de horarios, pero el sol se posa de esa manera, sobre el mar de Concón, siempre como a esta hora.

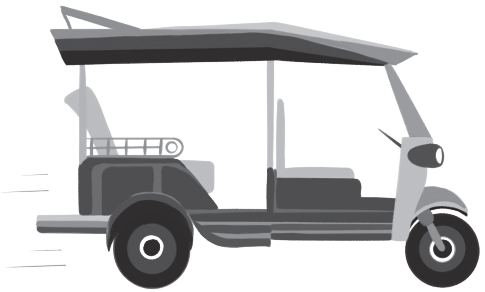
Estoy en este momento apreciando uno de los atardeceres más bellos que se puedan imaginar. Los rojos y naranjas del sol se fusionan entre nubes rosas y violáceas haciendo un cuadro magnífico, envidiable para cualquier pintor impresionista. Pasa una gaviota emitiendo un sonido lejano y constante, como si fuese la bocina de un camión a distancia, las olas en su ir y venir parecen cantar. Se ve todo distinto cuando uno descansa.

Ya han pasado algunos días desde que renuncié a mi empleo y decidí venir a visitar el nuevo departamento de mis padres en la costa chilena y es la primera vez que logro ver un atardecer así. Me siento plena, me siento parte de esta inmensidad, aunque no sé si debería. A fin de cuentas, estoy de prestado en casa de mis padres, sin amor y desempleada; pero aun así (y crean que me da cierta risa el admitirlo) me siento plena, como si hubiese recibido una sesión completa de masajes tailandeses, de pies a cabeza. Es como si mi cuerpo levitara. Todo, hasta el movimiento del mar, me parece que va a alta velocidad.

¡Cómo se extrañan los masajes tailandeses! Hace unos años me enviaron a cubrir un documental sobre Tailandia, por lo que tomé el primer avión con destino a Bangkok, la ciudad más poblada de ese país, la cual hoy es considerada un centro político, social y económico para gran parte del Sudeste Asiático e Indochina.

Al llegar al hotel, la recepcionista me dio la agradable noticia de que el hotel tenía la cortesía de regalarme una sesión de masaje tailandés (*Thai Massage*) en uno de los centros de relax más prestigiosos de Bangkok.

Por tal motivo, luego de mi jornada laboral tomé el transporte más utilizado por los turistas, el famoso vehículo motorizado de tres ruedas llamado *tuk-tuk*. Esta pequeña moto-taxi de aspecto sencillo pero gracioso, atravesó las transitadas y bulliciosas calles de la ciudad; me llevó con gran prisa y sin frenar en ninguna esquina, hasta la dirección del centro de masajes, sugerida en la tarjeta que la amable recepcionista me había dado.



Si bien casi muero de un ataque al corazón por la velocidad con la que me trasladaron en aquel *tuk-tuk*, mi rostro transmitía una amplia sonrisa, que expresaba abiertamente la felicidad absoluta que sentía en ese momento al saber que estaba a punto de recibir uno de los masajes más legendarios del mundo, pues este tipo de masajes no lo puede realizar cualquier masajista, está basado en una técnica milenaria que se transmite de generación en generación.

El centro de masajes era un lugar algo oscuro, pero se respiraba un ambiente cálido. Al llegar me recibió una mujer de cuerpo armonioso y estatura baja (más baja que yo y eso es muy bajo, créanme). Me entregó una especie de kimono de seda rojo, me llevó hasta una de las salas y me señaló un delgado colchón ubicado en el suelo, donde me invitó a recostarme boca abajo.

Lento, en penumbras, fue llevándome en un viaje de inmenso placer. Comenzó apoyando sus manos y antebrazos sobre mi espalda y presionando rítmicamente sobre distintos puntos, hizo que me olvidara de mi trabajo, de mis responsabilidades, del veloz *tuk-tuk* y de cualquier situación que me hubiese podido estresar en aquel entonces.

Cada presión, que con sus minúsculas manos ejercía sobre mí, generaba una sensación sumamente deleitable. Lo mejor sucedió cuando utilizó sus pies para estirar mi cuerpo, *¡qué delicia!*

Ella se deslizaba por mi espalda, brazos, cuello y manos, amasando mis músculos con gran profundidad.

Para qué describir lo que sentí cuando arqueó mi espalda con total destreza e hizo crujir cada una de mis vértebras. «¡Increíble!», me decía a mí misma, mientras el masaje sin aceites, ni cremas transcurría.

Fueron dos horas de éxtasis extremo, lleno de poses, respiración y gozo.

Lo divertido del asunto sucedió al finalizar la sesión más relajada de mi vida. Cuando la masajista pronunció suavemente en mi oído, casi susurrando con un penoso acento inglés:

—*Do you like «happy ending»*? (¿Usted quiere un «final feliz»?).

Jamás había escuchado esa expresión. «¿Qué será *happy ending*?». Al ver que no respondía insistió en un tono un poco más elevado:

—*It's OK? Happy ending?* (¿Está bien? ¿Final feliz?).

Al estar tan relajada opté por decir, «No, gracias». Pues no quería sobrepasarme con la cortesía de la gente del hotel. Y menos mal que dije «No». Al poco tiempo, conversando con un amigo, me cuenta que, en Tailandia, los lugares que ofrecen masajes también son una especie de «centros de placer»; pero cuando digo placer, me refiero a placer de todo tipo. Y como la expresión lo indica «*happy ending*» significa «final feliz», por lo tanto ¡era sexo lo que me ofrecía la tímida tailandesa de ojitos marrones, luego del masaje! Quién lo hubiera imaginado, si era tan pequeñita que hasta parecía quebrarse cuando masajeaba mi espalda contracturada con sus manos.

No sé el grado de veracidad sobre esto, la verdad no sé si será cierto esto del «*happy ending*» tal como lo contó mi amigo. Quizá simplemente era algún masaje complementario en mi terapia lo que ella me ofreció, o no sé. Mas debo admitir que aun después de un par de meses de no tener relaciones sexuales, de ningún tipo, no me imagino (ni en este estado) teniendo sexo con la pequeña masajista tailandesa.

En el mes que visité aquel país, quedé sorprendida por la cantidad de parejas entre mujeres tailandesas y hombres occidentales. No solo los hombres mayores quedan hipnotizados por estas estilizadas mujeres, sino también los jóvenes. No importa la edad, ellos quedan altamente atraídos por las menudas

tailandesas, que desfilan con sus pasos y movimientos sutiles. Son tan gráciles y seductoras como muñecas de porcelana, pero en tamaño real. Eran tantos los tortolitos de amor mestizo que veía por la calle, el hotel y los restaurantes que visité.

Un día fui a un centro de estética, para hacer en mis uñas una de esas bellezas de mano que son tan típicas en Tailandia. Aquí las mujeres hacen verdaderas obras de arte en el pequeño espacio de superficie de una uña, solo colocando el esmalte y esparciéndolo con un palillo dibujan magnificas figuras, como aves y flores, en cuestión de minutos. Son muy habilidosas con sus manos y, a su vez, las valoran mucho, por eso estando en este país también me dieron ganas de valorar las mías.

Eso es lo lindo de viajar, uno aprende sobre costumbres, sabores, aromas y lo más hermoso, por lo menos para mí, uno aprende a apreciar cosas a las que antes nunca le hubiese prestado atención, como por ejemplo, en este caso, la importancia de mis manos.

A mis manos jamás les había mostrado mayor interés. Una noche fui a ver un show de danzas típicas en una terraza a orillas del río *Chao Phraya*, que es el principal río de ese país. Quedé totalmente boquiabierta al ver danzar a estas mujeres, porque movían sus manos de una manera tan particular, doblando sus dedos, expandiéndolos hacia afuera, con un ritmo lento y preciso que en su despliegue y elegancia hechizaban a todos los que estábamos ahí observándolas, mientras se desplazaban de forma tan seductora al compás de las cálidas notas de las flautas de bambú.

Entre los aplausos, al finalizar el show, miré mis manos y ¡por favor, que las tenía totalmente arruinadas! Las uñas estaban tan desarregladas que podían confundirse con las manos de un mecánico de turno. Por eso decidí poner un poco de estilo *thai* a mi vida y fui a un centro de belleza de manos en el centro de la ciudad.

Estando sentada frente a la *manicure thai*, una agradable mujer de aspecto gentil y delicada piel blanca, recorrí varios temas sin mayor profundidad, hablando siempre yo, a modo de «monologuista profesional», porque ella (al igual que todas las mujeres de esta zona) era bastante reservada. No tienden a hablar en público y cuando lo hacen su nivel de voz es tan bajo que uno queda en total silencio para poder oírlas, como reverenciando sus palabras.

Ya cansada de ir y venir en mi propio monólogo, le consulté:

—¿Cómo hacen las mujeres en tu país para conquistar y enamorar a los hombres?

Ella antes de responder me preguntó:

—¿Estás en pareja?

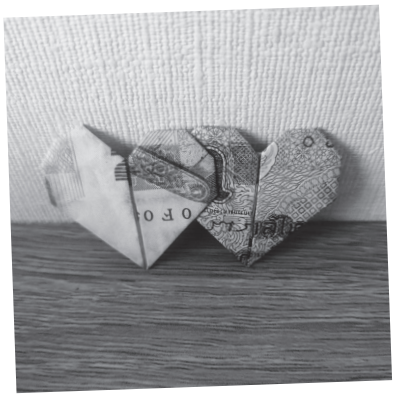
Dudé un poco, no sabía qué responder, no sabía bien qué decir. Debo aclarar que para ese entonces yo estaba empezando una relación con un hombre que resultó ser al cabo de pocos meses un trotamundos, al que le interesaba más cocinar que hacer el amor, le divertía más cantar en la ducha solo que besarme, y lo enamoraba más mi dinero que mi corazón. Quizás ya en ese entonces, donde solamente llevaba pocos meses de relación con el trotamundos, algo en mi interior me decía que en verdad no era el hombre que buscaba para una relación duradera. Si bien no lo admitía en aquel momento, algo presentía sobre él, creo que estaba demasiado aguado para ser considerado un color rosa. **¿No les ha pasado eso?** Estar en una relación donde aparentemente una se siente contenida, pero para nada feliz; **donde todos te ven bien con ese hombre menos tú y buscas momentos de soledad solo para llorar porque no quieres parecer desagradecida**. Bueno, yo estaba así en ese momento.

Ella al ver que me era difícil responder una pregunta bastante sencilla, me miró con dulzura y siguió con su labor. Me sentí más confundida. En verdad estaba interesada en hallar esa

respuesta. Ambas guardamos silencio. Al finalizar con mis uñas, saqué de mi bolsillo el dinero para pagarle, así como también, un billete a modo de propina. Luego de hacer una reverencia inclinando su cabeza, ella levantó su mirada con cierta modestia, diciendo en un tono suave y cariñoso:

—Tú te mereces *tu cariño y afecto*.

Le sonreí. Acercó sus manos a las mías lentamente y me entregó el billete de propina convertido en una hermosa figura de dos corazones entrelazados. Luego agregó:



—Tómalo y consérvalo, lo hice para ti. Te traerá suerte en el amor. Porque en lo que pensamos nos convertimos. Piensa un hermoso amor y eso tendrás.

Agradecida, inmensamente agradecida, quería darle un fuerte abrazo y un gran beso en la mejilla, pero en Tailandia las muestras exageradas de afecto en público son muy mal vistas; por lo que solamente incliné mi cabeza con mis manos unidas como si estuviera rezando y la saludé. Este es el modo tailandés para saludar, agradecer o despedirse de forma educada (cuanto más arriba se encuentren las manos en relación a la cabeza y más abajo se encuentre la barbilla, se considera que el respeto es mayor hacia quien se hace la reverencia).

Ella, al verme hacer este gesto, sonrió y pronunció una de las palabras más bonitas que se utilizan para despedirse en este lugar del mundo, que significa bienestar, dijo:

—*Sawasdee*.

Y así pactamos juntas un trato. Hoy en día guardo en mi cartera el billete (de baht —THB— que es la moneda oficial de Bangkok) con forma de dos corazones entrelazados junto a la estampita con la imagen de San Cayetano que me dio mi abuela para la protección laboral. Irónicamente, estoy sin trabajo y sin amor por el momento; pero sigo creyendo que aunque hoy no los tengo, por ahí deben estar. Al fin de cuentas mis dos amuletos (de gran valor) siguen aquí, acompañándome y cuidándome de cerca.

¿Ustedes tienen amuletos? ¿Tienen algún talismán para atraer la buena suerte y prevenir desgracias? ¿Para motivar y atraer al amor? ¿Para desalentar los miedos y las enfermedades? ¿Para apartar las malas ondas e incrementar las buenas vibras? Por ahí poseen una estatua de elefante, una mano de Fátima, un ojo turco, un Buda gordo y sonriente. ¿Pirámide, búho, tortuga, piedra de color o forma especial? Un colmillo, herradura o una botellita con agua bendita. Déjenme decir en cuanto a esto, que **el mundo es energía, nosotros también lo somos** y si esos objetos son para cada quien un cúmulo de buena vibra, energía y creemos con todas nuestras fuerzas que nos protegerán de lo negativo, atrayendo cosas positivas, posiblemente eso suceda.

Volviendo al aquí y al ahora, ¡qué bellos son los atardeceres en la costa chilena! Parecen pinturas vivientes. Desde este punto, el balcón del décimo piso, se observan las casitas en sus cerros, algunos barcos pesqueros y grandes navíos militares. Parece que el mundo entero está posando para la *selfie* más bonita que mis ojos pueden retener.

Todo esto trae a mi memoria a uno de los poetas que más admiro, el señor Pablo Neruda, quien es considerado uno de los más destacados e influyentes artistas del siglo xx, nacido en este país (que he tomado como mi segundo hogar) y ganador del Premio Nobel de Literatura en 1971.

Cuando él miraba el mar desde la ventana de su casa en Valparaíso (para asombro de muchos, no está lejos de donde yo me encuentro viviendo ahora) decía con cierta picardía:

«El océano Pacífico
se salía del mapa.
No había donde ponerlo.
Era tan grande, desordenado
y azul que no cabía en ninguna parte.
Por eso lo dejaron frente a mi ventana».

«¡Debe ser eso, lo que me complace tanto!», me digo, parada en el balcón (que hace días me vio llorar y ahora tranquila me observa), mientras admiro al océano en su total extensión.

Estando aquí, entiendo la inspiración del poeta en estas tierras araucanas. Él describe con palabras lo que quizás con mis manos, mi mente, mis ojos y espíritu humildemente estoy sintiendo, en su poema *El mar*:

«Necesito del mar porque me enseña:
no sé si aprendo música o conciencia:
no sé si es ola sola o ser profundo
o solo ronca voz o deslumbrante
suposición de peces y navíos».

Valparaíso, no solo es mar y puerto, es más bien una comuna de fuerte identidad ubicada en el litoral central del territorio continental de Chile que guarda un gran tesoro: sus cerros. Los cerros de Valparaíso son más que el lugar residencial de la ciudad. En ellos podemos encontrar desde chozas precarias hasta palacios de gran estilo y diseño arquitectónico. Así como también los cementerios, una antigua cárcel transformada en centro cultural, casonas restauradas y convertidas en curiosos hoteles, galerías de diseño, espacios de arte y tiendas. Los lugares más visitados son La Sebastiana (uno de los hogares de nuestro amigo Pablo Neruda), el Museo Marítimo Nacional y

los incontables cafecitos y restaurantes que se asoman a lo largo y ancho del paseo.

Es un pedacito de tierra que vale la pena, donde se respira vida bohemia. Con mi amiga Mary solemos ir por las angostas callecitas empinadas tomando fotos y nos detenemos en los rincones para contemplar lo maravilloso que es el humano creando. En cada pared, acera, maceta o poste ellos crean. Crean frases, figuras, dibujos y esculturas, todo parece ser un libro abierto, donde uno puede ir surfeando sus páginas, mientras camina, pues siempre uno descubre en estas callecitas algo nuevo. Los dos cerros más coloreados y visitados por los turistas, como nosotras, son los cerros Alegre y Concepción. Solo debes tomar el elevador o subir las escaleritas y listo; ya estás dentro de la aventura artística más fascinante y pura que puedas imaginar.

Mañana podría visitar a mis queridos cerros, o quizá no. Lo veré mañana, por hoy solo quiero tomar este café.

8

Mientras giro la cuchara de café en la taza ya vacía, me siento ahogada, necesito despertar. Cubro mi rostro con las manos, siento inútil mi presencia en este día. Me abordan mil preguntas y ninguna respuesta. ¿Qué estará haciendo? ¿Me recuerda? ¿Podré volver a enamorarme? ¿Estaré demasiado dañada? ¿Podré encontrar «los repuestos» que me faltan? ¿Podré volver a ser la que era? ¿Quiero volver a ser esa persona? ¿Quién soy? ¡Quién carajo soy! ¿Quién soy? Mejor freno un poco tanto cuestionamiento o me voy a terminar mareando y con dolor de cabeza.

Será que estoy metida en un embrollo del que no sé cómo salir, tantas preguntas y ninguna respuesta. Las cosas más sorprendentes para mí han surgido de hacer preguntas sin hallar respuestas inmediatas.

Tantas preguntas me llevan a un plano gris, me gusta el blanco o el negro, me gusta estar parada en los extremos. Los grises me incomodan. Siempre me han incomodado. Me gustan las respuestas blancas y las respuestas negras, con esas puedo; pero estas se destiñen y declaran en gris.

Los grises siempre me han incomodado, pero quizás deba empezar a aceptarlos, son demasiados los grises con los que convivo ahora y si no empiezo a aceptar estos grises, no

podré salir por la puerta. Aunque no sé si quiero salir por la puerta. Salir por la puerta significa hablar y hace tiempo que le temo a eso.

Antes era una gran conversadora, pero ahora, ahora no sé ni qué decir. Siento que en esta búsqueda no queda mucho por decir. Cada cosa que he dicho se ha cumplido, se ha cumplido en su totalidad, lo bueno, lo malo, todo. Cuando dije «Él puede engañarme», ¿saben qué pasó? Él me engañó. Cuando dije «Él me llamará», él llamó; si decía «Despertaré con su sonrisa a mi lado», pasó... y así con cada palabra que pronuncié; por eso temo hablar, hablar con alguien, hablar con mi sombra, temo hablar. Nunca lo había sentido, pero en verdad temo hablar.

Ustedes dirán, si es así, entonces que pida «ese gran amor» y listo, qué tanto lío; pero es más complejo, pues a veces me enredo en las palabras y lo que digo no es lo que necesito. Por eso prefiero ya no decir nada.

Hace días que permanezco en total silencio. Solo hago preguntas, muchas preguntas, internamente soy una tormenta de interrogantes. Parezco uno de esos tantos monjes de túnica naranja y cabeza rapada que conocí en Laos, durante mi estancia en Luang Prabang. Recuerdo que, a pesar de que a todos les llamaba la atención cómo ellos lucían, con sus cabezas sin rastro alguno de cabello, pies descalzos sobre el piso y túnicas de naranjas intensos, a mí nada de eso en verdad me cautivaba. Mi asombro surgía al vislumbrar su silencio. Era un silencio espeso, espeso realmente. Era otro momento de mi vida, completamente distinto al actual y por ende, hablar parecía ser lo que más me apetecía, hablaba con todo el mundo, hasta en la ducha cantaba sin darle espacio al silencio, creo que por eso me impactó tanto. No entendía cómo podían estar tantas horas del día callados, sin decir ni *mu*. Cómo era posible. Y mírenme ahora, sin ánimos de alzar mi voz.

Luang Prabang, es una antigua ciudad colonial francesa, maravillosa por donde se la quiera observar. Después de años

de guerra y aislamiento, la vida en este pueblo es segura y sencilla. Visitar esta ciudad es como comprar un pasaje en la cápsula del tiempo y viajar al pasado. La gente de Laos enseña su cultura a flor de piel a todo aquel que esté interesado en aprender sobre las costumbres en este punto del sudeste asiático, pues conservan en estado natural sus antiguas tradiciones. A esta ciudad ambiciosa en lo espiritual, la contiene el río Mekong, una de las mejores cervezas las tomé contemplando este río. Si me preguntan sinceramente: «Andrea, ¿qué debería hacer antes de morir?», te diría: «Viaja a Luang Prabang, busca un campamento de elefantes e intenta quedarte el mayor tiempo que puedas con ellos». Sé que dicho así suena raro, mas es la experiencia que más agradezco a la vida, estar allí y poder convivir con los elefantes.

Esos gigantescos paquidermos son tan salvajes como domésticos, tan rudos como tiernos y tan amigables como soberbios. Hace seis años viajé a un campamento para aprender a ser mahout, que significa en español ser cuidador de elefantes. No sabía con qué me encontraría y fui sin altas expectativas (cuando uno está trabajando y viaja constantemente de país a país por ahí como dice la expresión «se pierde un poco el norte» y nada parece que pueda realmente sorprender; pero al vivir esta experiencia todos mis puntos cardinales se ordenaron).

Estos centros de conservación de elefantes sustentan un proyecto sólido para la conservación de esta especie y los visitantes no se acercan para domesticarlos; sino por el contrario uno aprende a cuidarlos.

En mis días de campamento, cultivé frutos, armé forrajes, los bañé, alimenté, aprendí a montarlos de a poco, siempre buscando su aceptación y permiso. Lo interesante del asunto es que hasta que no se vive la experiencia uno no es consciente de lo que estos robustos animales pueden enseñar.

Algo extraño que me sucedió al estar ahí, fue ver en varias ocasiones en los rostros de las personas que me rodeaban, caras de elefantes. ¡Así es! No sean así, no estaba bajo ningún efecto de drogas o alcoholizada, pero veía rostros de elefantes en todas las caras de las personas. No importaba quién estuviese frente a mí, su rostro era reemplazado por una cara de elefante, con trompa, orejas y todo. Sí, es peculiar lo sé; pero me sucedía. Una noche antes de dormir volteé para saludar a Adriana, una de las periodistas que me acompañaba en esta travesía y quedé helada al ver una cara de elefante dibujada en su rostro. Le dije:

—¡Caramba, si tienes cara de elefante!

Lo más cómico fue que ella lanzó una larga carcajada y reveló:

—Yo también veo a las personas con esa cara desde que estamos aquí.

No tengo idea por qué sucedía eso, pero toda la experiencia en ese lugar tenía algo mágico. La misma magia que quizás sucede cuando uno quiere tanto a alguien que al ir por la calle la gente se parece a esa persona o dicen cosas que a uno le recuerdan, como cuando al sintonizar la radio siempre suena la canción que evoca a ese ser amado. Como sea, hay que ser fuerte siempre que se llega a un gran amor, porque al irse por muy desgastado que sea su «rosa», cada tanto inesperadamente aparece transformado en mil formas.

Y ahora en esta soledad, silenciosa y preguntona, me encuentro tan cuestionada como la misma existencia del universo. Mejor me relajo un poco bajo el agua. Voy a darme un baño ti-

bio, con la esperanza que este ánimo desanimado declare, aunque sea, un retiro temporal.

Entro a la ducha, con la sensación que todo estará bien, pues ya saben cómo dice el dicho «al mal tiempo, buena cara». El agua tibia me cubre suavemente, como si las gotas estallaran en mi cuerpo en cámara lenta. En la radio comienzan a pasar una canción. Suena bonito. Tarareo su melodía. ¡Wow! ¡Si parece escrita por mí!

¿Acaso Camila (banda de música que suena en la radio en este momento) conoce mi historia? Me da risa, es increíble pero ellos hablan por mí. Me invaden con su letra. Esta canción está hablando por mí. La canción contesta, no pregunta, contesta. Empiezo a cantar con total plenitud, desnuda, libre, a toda voz:

—No soy el mismo... no soy el mismo. Hoy me quiero perdonar y curarme con el tiempo... renunciar a ti... aceptar que no fuiste para mí... quisiera continuar, nunca haberte conocido... ¡pero aquí estás! Tengo que aceptar que me cuesta cambiar lo que siento y dejarte de amaaaaar... —con el *shampoo* como micrófono y el agua aplaudiendo sigo—: ...No voy a caminar hacia el abismo... No soy el mismo... noooooo... Hoy me quiero perdonar y curarme con el tiempo... Renunciar a ti...

Si yo quisiera escribir sobre lo que siento, no podría decirlo mejor. Como si ellos hubieran escrito el *soundtrack* de este momento. En este lenguaje musical me reconozco. El ritmo parece ser igual al latir de mi interior. Habla de aceptar lo que deseo, en verdad «**aceptar**». Con simples palabras ordenadas y notas que flotan a modo de melodía, transmiten con total claridad lo que por mí no puedo ordenar, lo que hace un momento no podía contestar.

Una canción despierta más en mí que cualquier libro de autoayuda que podría estar leyendo en este momento. Parece que

los estímulos auditivos y cognitivos que se encierran son más profundos que un simple tarareo, pues si quisiera describir mejor lo que siento no podría hacerlo. Es tan acertado como cristalino. Frases que hablan por mí, cantantes que me representan con su voz, y lo más importante es que todavía puedo cantar a viva voz, buscando algo de claridad en este gris que incomoda por falta de palabras propias. Quizás pueda «pedir prestadas» estas frases hasta poder tener mis propias palabras.

De repente, se libera en mí una fuerte nostalgia. Se desprenden de mis ojos, una a una, tibias lágrimas. No sé si estoy llorando por felicidad o por tristeza. Estoy llorando; extrañando, olvidando. ¿Se pueden sentir las dos cosas a la vez?

Admitir que lo extraño no me divierte en lo absoluto, más aun cuando han pasado tantos meses desde que nos separamos; pero como dice la canción: «Aquí estás. Tengo que aceptar que me cuesta cambiar lo que siento y dejarte de amar». Lo raro de extrañarlo es que voy perdiendo su verdadero recuerdo, su recuerdo real. No estoy segura si lo que recuerdo es lo que en verdad sucedió, si su voz era como la tengo en mi memoria, si su actuar fue tal cual lo conservo en mi mente. Irónicamente siento que nuestro pasado se empaña, como si el tiempo anestesiara el dolor y hoy aquello que hizo Fabián de modo tan perjudicial e hiriente para mí, ya no parece ser tan grave como lo sentí en aquel momento. De todos modos aunque hoy esté anestesiado, debe haber sido muy malo, fulminante y doloroso, porque recuerdo que esfumó de un golpe todas mis esperanzas de amor rosa.

¿Será que el tiempo crea en nuestras realidades ilusión?

Con el tiempo a veces los recuerdos empiezan a perder nitidez, lo malo se transforma en una ilusión horrorosa, lo bueno en anecdótico, lo triste en pasajero, lo dulce en patético, lo divertido en extraordinario, o como en este caso, lo doloroso en anestésico. Como si el tiempo pudiera confundirnos inventan-

do matices que no existieron y combinara la realidad del pasado con condimentos ilusorios presentes, que creamos en nuestra cabeza, para poder continuar.

Siento que estoy distorsionando la realidad y creando de él «un hombre que no fue», por eso lo extraño, sino es imposible que con el dolor que me causó pueda extrañarlo. Recordarlo puede ser, pero ¿extrañarlo? Extrañarlo no. Estoy transformando mis recuerdos, **no debo cambiar mis recuerdos**. Incluso empiezo a quitar de mi mente sus errores, como si estuviera observando a Fabi a través de un vidrio empañado. Él no es un monstruo, pero tampoco un héroe.

Tengo que encontrar un atajo que me lleve a la realidad. Recuerda Andrea, no extrañes. No quiero llorar así. No me quiero sentir así. No tengo nada en contra del llanto, pero este es un llanto sin sentido, porque no tengo motivo para extrañarlo con tanto amor.

¿Qué me sucede? No deseo tampoco borrarlo. Puedo seguir recordándolo, pero extrañarlo, eso no quiero. Al extrañar hay dolor, al recordar hay plenitud. Puedo recordarte Fabi, pero extrañarte no quiero. Por eso piensa, Andrea. Busca ese atajo latente en tu mente, que lleve a tu memoria a la realidad.

Toda mi energía se dispone a encontrar ese atajo bendito que me saque de esta nostalgia y calme mi llanto, mi fantasía, mi invento y mi ilusión hacia él.

«¡Lo tengo!», me digo a mi misma bajo la ducha con total emoción.

Viene a mi mente la frase que le dije a mis padres aquel mediodía cuando tuve que enfrentar mi decisión de frenar rotundamente lo que sería mi boda en algunos meses con Fabi. Pueden imaginarse lo que fue enfrentarme a mí misma y a los seres que más amo, conociendo que de aquellos actos dependería mi futuro. Obnubilados esperaban entender qué había sido tan grave para que yo decidiera separarme de la persona que amaba con tanta devoción. Recuerdo que cuando me preguntaron si no había alguna posibilidad de recapacitar y perdonar-

lo, insistiendo con palabras tales como: «Hija, tomate tiempo, piénsalo mejor», dije una de las frases más fuertes y honestas que he dicho en toda mi vida. Ahí, justo ahí, cuando pronuncié esa frase, ahí entendí, lo que hoy casi olvido. En aquel almuerzo, los miré a los ojos y les pregunté:

—¿Ustedes invertirían todo su dinero en una empresa que saben que va a fundir?

No hizo falta decir nada más. Todo estaba muy claro para ellos, todo estaba muy claro para mí. Si bien la tristeza invadía el lugar, tomaron mis manos sin decir una palabra, sin buscar más explicaciones y el almuerzo siguió su curso en silencio.

Eso fue lo que pasó, así fue como empecé mi camino sin él. Hoy recordando esta frase, este atajo mental, el héroe que estaba inventando desaparece, la ilusión se esfuma nuevamente... *¡Bienvenida, realidad!*

De esto vale nuestra vida, de esto debemos valernos. No debemos rediseñar, decorar e invalidar nuestros recuerdos. **Las memorias tenemos que albergarlas con la mayor nitidez que podamos conservarlas**. Cuidar nuestro pasado, nos permite valorar nuestro presente. Por eso hoy trato mediante este atajo mental, que por fortuna aún conservo en estado puro, cuidar mi memoria. **Debemos tener estos atajos**, que nos traigan de regreso. Una frase, un gesto, una sensación, algo que nos permita reconocer nuestro pasado tal cual fue.

Vivir la vida con honestidad hacia uno mismo es el mejor regalo que podemos hacernos. Recordar creo que es algo bueno. Mas debemos ser cuidadosos y no empañar el cristal con que vemos aquel pasado. No sumar, ni restar en nuestras memorias, porque esos recuerdos en estado puro tienen el poder de darnos valor para formarnos, transformarnos y determinarnos, para pisar con firmeza y avanzar luego de cada decisión tomada.

9

¿Cuántas veces nos distraemos, nos mentimos o engañamos? A mí me sucede con frecuencia. Voy motivada, concentrada en lo que quiero y de repente, como un acto de magia, me distraigo y no logro entender qué sucedió frente a mis ojos.

Una vez me encontré a un mago, quien me comentó que su magia era posible gracias a la fortuna de encontrarse con personas distraídas. Me explicó que mientras uno como espectador sigue una mano, él con la otra hace aparecer, mutar y desaparecer lo que desee. Entre risas me contaba lo divertido que era ver la cara de sorpresa de los espectadores cuando convencidos de creer una cosa, veían un resultado totalmente diferente frente a sus ojos. Él, con sus movimientos de distracción, guiaba y confundía, creando ilusión con su mágico arte en cada acto, sin importar quién lo observara, siempre caían al asombro de su sorprendente mundo.

Y un poco de ilusión nos creamos todos, en casi todo y más si de relaciones humanas hablamos. **Vivimos inmersos en ilusiones**, imágenes creadas por nosotros mismos, que nos distorsionan la percepción o interpretación del estímulo externo real que recibimos. Empañamos a veces nuestra visión sobre lo que se exhibe frente a nosotros, **por la necesidad de ampliar**

el umbral del dolor o por el simple apremio de vernos felices y cercanos a lo que anhelamos. «Miénteme que me hace bien», «mentiras piadosas», «no es lo que parece» y tantas otras cosas transitamos en esto que llamamos «la magia de vivir».

El mundo extravagante y creativo de la libre interpretación entra en juego con toda su furia, manifestando un estado emocional feliz e intenso, pero generalmente poco realista.

«La primera impresión es la que cuenta» queda a la deriva en los mares de nuestras interpretaciones, o excusas, a modo de salvavidas que nos resguardan por algún tiempo de ahogarnos en nuestros intentos de relación. Si les confieso las veces que he buscado excusar a quien amo frente a otros, diciendo: «No es tan así... ustedes porque no lo conocen», pero en lo más profundo de mi ser sé que algo de eso que me dicen, y yo trato de defender eludiendo, es verdad.

¿Por qué acomodamos los datos según nuestra conveniencia? ¿Por qué no somos realistas? ¿Por qué nos ilusionamos sin ver cuál es la realidad?

Algunas personas que dedican tiempo a estudiar las ilusiones, explican que se trata de una imagen que surge mediante el estímulo de nuestra imaginación, o el engaño de los sentidos, que nos alejan de la realidad que en verdad estamos recibiendo. Llega a ser considerada por los psicólogos como una esperanza sin fundamentos. El diccionario la define como «una imagen mental engañosa» y, en un sentido más profundo, como «un sentimiento de alegría que produce una cosa positiva o deseada».

Por eso debe ser que es común escuchar a una persona que recién empieza una relación con alguien, decir palabras magníficas, extraordinarias sobre su nuevo amor, como si «la horma de su zapato» hubiese llegado a su vida, pues la cantidad de virtudes en ese ser humano con quien está empezando su relación es extensa. Esa persona es dulce, amable, complaciente, atenta, confiable, sincera, divertida, desenvuelta, apuesta, trabajadora,

compañera, simpática, creativa, gentil, pasional, paciente y tantos otros adjetivos calificativos propios de un «rosa perfecto», que enumera con total convicción cada vez que debe describirlo. Resulta que si de repente esa relación termina, la misma persona que fue descripta con los adjetivos más gratificantes que existen en el diccionario, se transforma en un ser espantoso, que ni al enemigo le desearían. Un rosario de defectos aparece y aquel «rosa perfecto» muta, convirtiéndose en una persona agresiva, inútil, perversa, amargada, vaga, manipuladora, mentirosa, infiel, estafadora, aburrida, impaciente, avasalladora y tantas otras cosas que nada bueno tiene.

Uno se pregunta: «¿Pero ese *desastre* es la misma persona que hace tiempo me *vendiste* como la *persona ideal*?». Y sí, es la misma persona; pero la percepción hacia ella ha cambiado, dio un giro de 180 grados, sin retorno evidente.

La necesidad de encontrar a la persona deseada hizo que esta se percibiera como «si estuviera puesta en un pedestal». **El asunto es entender que nadie está por encima o por debajo de nadie, los pedestales no existen, sí las expectativas que marcamos sobre esta**. Nadie quiere *vender* a nadie, pero existe demasiado anhelo por comprar y ahí la Ilusión toma las riendas del asunto.

«Nada es tan malo, ni tan bueno... simplemente es». Y ahí está el tema de todo esto, la gracia del asunto es descubrir qué es.

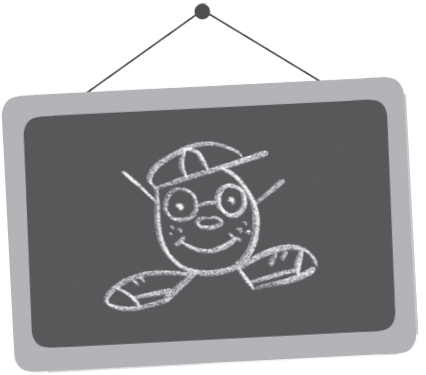
Solemos darle el valor a las cosas y a las personas según nuestras necesidades, que empañan y enredan nuestras interpretaciones frente a lo que estamos percibiendo. Recibimos algo, pero no siempre percibimos lo mismo.

Cuando era pequeña no tenía muchos amigos, por no decir ninguno. Pasaba horas jugando sola en el sótano de mi casa. Me aburría muchísimo, hasta que un día la pizarra colgada en la pared me llamó. Busqué un cajón y me subí para llegar hasta ella, tomé una tiza, comencé a dibujar. En un acto de magia,

con su gorrita de lado, sus zapatos deportivos y lentes redondos mi amigo invisible de repente apareció y todas mis tardes de juego cambiaron para siempre. Desde ese día, esperaba ansiosa bajar al sótano para dibujarlo y jugar con él hasta la hora de comer. Nos reíamos, a veces hasta discutíamos y las horas pasaban felizmente en aquel lugar que desde ese entonces llamamos, él y yo, nuestra guarida.

¿Si él existía? Pues déjenme decir que para mí sí. Era tan real como mi imaginación lo permitía, tan cierto como mi necesidad lo admitiera. Él era invisible para otros, pero no para mí.

«Vemos lo que queremos ver y no es siempre lo que tenemos frente a nuestros ojos». Como en los actos de magia, construimos ilusiones para ser felices, el problema aparece cuando nuestra imaginación e interpretación se distraen, y surge de golpe y sin avisar: la cruda realidad.



10

Siguiendo con el tema de los ideales y la ilusión, hoy alguien me dijo:

—El problema es que estás buscando a tu amor ideal.

Amor ideal, ¿eso qué sería? He escuchado tantas teorías que hablan respecto a qué hacer para encontrar ese amor idóneo y darse cuenta si esa persona es la correcta para uno. Es algo así como «si esta persona cuenta con tal o cual cosa, tu felicidad junto a ella está garantizada». No creo que esto tenga algún sentido, basarme en conjeturas limitantes me privarían de conocer a todas las personas que no cuenten con lo esperado según estas teorías.

Por otro lado, mi búsqueda no viene por ahí, ni cerca; mas debo admitir que desde que me comentaron esto estoy dándole vueltas al asunto, porque hay algunas cuestiones, teorías o ideas, que no me suenan tan mal y que hoy vienen a mi mente.

Profundicemos, quién sabe, por ahí algo bueno sale de todo esto.

El año pasado estaba junto a Fabi en las costas griegas y, al igual que lo hacían los griegos en el año 4000 a. C., le rendíamos honor a Dioniso (dios griego del vino e hijo de Zeus) tomando un tinto casero que nos había ofrecido con gran en-

tusiasmo el dueño del bar costero donde nos encontrábamos. Era un tinto simple y joven, a pesar de su aspecto oscuro, el sabor era suave y frutado en boca. Mi felicidad era tanta que por momentos sentía que no iba a poder soportarla, debe ser esa la razón por la cual cada vez que hacíamos un brindis mi cuerpo entero parecía estallar al igual que lo hacen en el cielo los fuegos artificiales en las fiestas de Año Nuevo.

Y cómo no estar feliz, si todo lo que había esperado lo tenía justo ahí, en ese momento, en aquella isla vestida de color blanco y azul, que parece despierta a toda hora para complacer a todo aquel que la visita. Más allá de su pequeño tamaño y playas cristalinas, es singular en varios modos; por ejemplo, cada quien adopta su nombre y lo escribe como quiere, le dicen Mykonos, Micono, Micona, Míconos, *Mýkonos*, a mí me gusta bien «latino chic» el tema y por eso le digo Mikonos. Este modo de nombrarla «como quieras» se ve reflejado en todo lo que ofrece y muestra este bello pedacito de tierra, que parece flotar en medio del mar Egeo. Las personas que uno encuentra en el camino de bajadas y subidas, por las escaleritas blancas y los angostos senderos que se trazan por medio y todos los costados, son de lo más diversas; digamos que «hay Mikonos para todos y lo que se quiera», pues posee una población pequeña, que no supera los diez mil habitantes, mientras que quienes decidimos ir a visitarla por breves jornadas vacacionales superamos ese número ampliamente, de ahí viene la pluralidad absoluta de

transeúntes por donde uno mire. Las tienditas que se asoman a cada paso que uno da, brindan vestimentas artesanales de hilo y algodón, relojes, joyas, *souvenirs* de todo tipo, sombreros, postales y lo que pueda venir a tu cabeza ahora, eso también lo venden; pero el aire es tan cálido que nadie se altera en las compras, porque todo parece estar dispuesto para que uno disfrute y descanse. Los cafés, bares y restaurantes por doquier, siguen esta tradición *mikoniana* (palabra que no encontrarán en ningún diccionario, pues la acabo de inventar) exhibiendo una carta de vinos lujosa con copas de cristal junto a muebles de escasas pretensiones.

Y allí sentados, en una de las tantas mesas de madera maltratada, sobre las sillas de azul desgastado que daban vista a los añejados y célebres molinos de viento, que aún se encuentran de pie disimulando su cansancio frente al turismo para alimentar con su presencia la bella costa de Mikonos, nos encontrábamos los dos, imantados por el amor que nos teníamos. Mientras observábamos en silencio el menú para ordenar nuestro almuerzo, junto a nosotros apareció una pareja de simpáticos colombianos, que al oír que hablábamos español como ellos, no dudaron en iniciar una conversación de lo más amistosa con nosotros.

Lisa y Alberto llevaban solo dos días en la isla y estaban viviendo unas vacaciones extraordinarias, a las cuales llamaban su «luna de miel con atraso, pero mucha azúcar»; pues los tiempos no habían sido nada fáciles para la joven pareja, por ello recién a los siete años de matrimonio habían logrado juntar el dinero para pagar alguna de las tantas cuotas que le daban paso y boleto a su anhelada luna de miel, la cual estaban financiando gracias a su «amada» tarjeta de crédito, que besaban mientras nos contaban esta historia con final feliz.

Luego de varias copas y con la adorable *Zorba* como música de fondo (que es esa canción que empieza muy lenta y después

va aumentando su ritmo, manteniendo su melodía y encanto) escuché de la boca de Lisa la fascinante teoría de los tres círculos; la cual voy a compartir para que la analicemos pausadamente y punto por punto.

Esta teoría para hallar al *amor ideal*, habla de imaginarse **tres círculos**, de diferente contenido, pero igual tamaño e importancia. Cada uno de ellos contiene algo valioso, algo que si lo vemos solo no parece tan importante, pero que, al interceptarse con los dos círculos restantes, será indispensable para tener una relación duradera y sana, si de amor estamos hablando. Serían como tres tonos que combinados nos darían un «rosa puro y perfecto».

¿Qué contiene cada círculo? ¿Cuáles serían los tonos que cada uno de ellos tiene? Déjenme hacer una parada en cada uno de ellos, así logramos comprender lo que hace tiempo Lisa me compartió.

Uno de estos círculos contiene aquello que comúnmente llamamos **«Amistad»**. Esta teoría sostiene que uno debe ser amigo de la persona que elige para pasar el resto de su vida. Muchas veces las personas dicen «me casé con mi mejor amigo/a», porque contemplan la idea de que un amigo es aquel que está con uno en los buenos y malos momentos, con quien compartimos diversas actividades, que nos escucha, que nos tiene afecto y cariño más allá de nuestros defectos. Ahora yo consulto, estas personas ¿están tomando en cuenta que un amigo es más que eso? Porque déjenme decir que yo a mis amigos jamás les oculto mi verdad. Es decir, más allá de compartir mi tiempo, estar en buenos y malos momentos, reír y llorar, con ellos comparto «todo sin reserva». Con un amigo uno no tiene secretos, ni cuestiones que esconder, porque los amigos no se escandalizan por nuestras verdades. Por lo cual, pregunto: estas personas que dicen «ser mejores amigos de su pareja» ¿son así de sinceras y tolerantes con quien aman y duermen cada noche?

Compartir largas conversaciones, debatir y hasta llegar a un acuerdo eso sí es posible, ahora, «hablar sobre cualquier cosa sin restricciones» lo veo más difícil de llevar a cabo. Está bien cuidar y defender la confianza con la pareja, eso nos da estabilidad y armonía; mas creo que todos ocultamos algunas cosas para sobrevivir en los «tiempos del amor». Es más, me animo a decir que mientras más tiempo transcurre en una relación, para que esta dure, nos vamos refugiando y guardando mayor información los unos con los otros.

Piénsenlo: ¿cuántas cosas se animaban a contarle a sus parejas cuando estas eran simplemente un coqueteo de una noche y cuántas de esas cosas se animan a decirle francamente ahora?

Al principio, por ejemplo, si llega un mensaje a su móvil (o llamado) y no atiende, posiblemente consultaríamos quien llama a esa hora y honestamente (incluso con cierto orgullo) contestaría «Es una vieja amiga/o, con quien salí hace unas semanas atrás y quiere verme» y quizá nuestra reacción (considerando que es nuestra primera o segunda cita) sería exactamente ninguna, como mucho observaríamos si contesta o no al mensaje o llamado. Hoy en día, suponiendo que han pasado varios meses o años y se ha asumido un compromiso en la relación, si llegara un mensaje o llamado de esa misma persona (con la cual nuestra pareja tenía algún tipo de encuentro sexual en el pasado):

¿Su pareja les contaría con tanta soltura y abiertamente esto? Y de hacerlo, supongamos que su pareja es muy honesta con ustedes, ¿asumirían esto sin enojo, resentimiento, duda o reacción negativa hacia su pareja?

Posiblemente sería una situación conflictiva, tanto si llega el mensaje, como si te cuenta o no de qué se trata. Pues una frase que enorgullecía al otro al principio como «Es una vieja amiga, con la cual salí hace unas semanas atrás y quiere verme», hoy en día traería consecuencias y repercusiones negativas.

A veces comenzamos a guardar ciertos hechos e información para cuidar a quien tenemos al lado, para ahorrarnos ma-

los momentos o sentirnos juzgados. Si eso está bien o mal, no lo sé, mas les aseguro que en mayor o menor medida todos lo hacemos.

Por eso veo tan difícil aplicar en forma individual o conjunta este círculo (y eso que es el primero de la teoría) porque no se trata solamente de pasar momentos junto al otro o reírnos de sus chistes aunque sean malos. Aquí hay que apostar y poner sobre la mesa un vínculo que asuma una transparencia absoluta, libre de todo interés egoísta, posesivo y personal, donde seríamos capaces de entregarnos al otro, como hacemos con nuestras amistades. Además, una persona, a quien considero mi amiga, no pretendo que solo esté conmigo viviendo y pasando el rato; sino que interpreto que también disfruta, ríe, desea y ama sin juzgar lo que sucede en esa relación. Imagínense si uno le contara el cien por ciento de todo lo que pensamos, con total honestidad y sin ningún filtro a nuestra pareja, los deseos, temores y limitaciones diarias que tenemos (como hacemos con nuestros amigos). ¿Quién nos aceptaría? Créanme que no me veo diciéndole al hombre que amo «la verdad y nada más que la verdad» de todos mis pensamientos. Bueno, según Lisa, esta teoría justamente trata ese desafío, **quien nos acepte con la totalidad de nuestros deseos, miedos y limitaciones es la persona que nos amará más allá de todo; por lo cual, junto a ella nos debemos quedar.**

Hay especialistas en psicología que creen que ser honesto es algo bueno, pero que uno debe ser en cierta forma medido con la honestidad, porque de no ser así el ser honestos puede llevar incluso a una disputa con nuestro ser amado. Ellos recalcan que a veces cuando queremos ser sinceros no cuidamos los modos y decimos la verdad de una manera cruel u ofensiva. Como si por el hecho de ser honestos asumiéramos que el otro puede soportar lo que sea y de la forma que viene. Según ellos, lo más conveniente frente a una verdad que puede causar algún dolor es decirlo de un modo medido, sin mentir, pero abordando el

tema con total sutileza y, si es necesario, ahorrar el mayor número de detalles que puedan ofender o dañar al otro.

Otra manera, según estos especialistas, es optar por no decir nada, simplemente callar y aclararle al ser amado que «hay una verdad, pero prefieres no contarla». A su vez ellos no descartan el hecho de que en algunas ocasiones, rara vez, se puede dar esto de las relaciones transparentes en las que se cuenta todo y nada se oculta, aunque lo ven poco viable cuando el vínculo afectivo que une a esas dos personas es la intimidad sexual y el amor.

Además, ¿la amistad entre el hombre y la mujer existe? (Digo hombre y mujer porque es lo más convencional, pero puede ser mujer-mujer, hombre-hombre y toda combinación que venga a tu cabeza, donde uno desee al otro para «algo más que amistad»). Por mi parte tengo la fortuna de tener amigos del sexo opuesto y me va bien con eso; mas confieso que no ha sido tarea fácil para alguna de las dos partes llegar a ese punto, porque en mayor o menor medida siempre existió un tipo de atracción o deseo por alguna de las partes, que con el tiempo se fue reprimiendo hasta cambiarse, porque uno o el otro valoró más el hecho de conservar a esa persona como amiga, que a no tenerla. Lo que sucede es que a medida que pasa el tiempo queda en evidencia el hecho que del otro lado «no hay agua en la piscina», entonces «mejor tomemos sol juntos como amigos y listo».

Creo que ser amigo de la persona que uno ama, con todo lo que eso implica, es muy complicado. Quienes sostienen esta teoría, tienen total convicción de que las personas podemos llegar a este grado amistoso con nuestra pareja. No lo sé, me suena extraño y hasta peligroso. Puede ser buena idea compartir amistosamente algunas cosas con nuestro novio, marido o amante, siendo capaces de acompañarnos mutuamente con complicidad para vivir ciertas situaciones que solo con ellos y en intimidad nos animamos a vivir. También me encanta la idea que nuestra pareja represente a «nuestra persona favorita», e incluso

me parece muy conveniente construir una relación amorosa sobre una base de afecto y amistad; pero de ahí a ser tan honestos como lo somos con nuestros amigos, no lo sé. Me parece que no estamos capacitados para soportar tanta verdad, pues aunque nosotros nos dispongamos a ser amigos reales de nuestra pareja ¿Nuestra pareja aceptaría esta condición? Siempre digo que «soy capaz de soportar de mi pareja cualquier verdad, pero no así cualquier mentira». Ahora, al evaluar este círculo profundo y poco probable, no sé cuánto de mi frase es cierto.

Después de pasar casi sin aire por el primer círculo de esta teoría, veamos el segundo círculo. Este encierra otro concepto un poco más realista y, me animo a decir, que posible también. Aquí nos encontramos con **«tener proyectos en común»**. Por lo tanto, es donde vemos si nuestras ambiciones son compatibles o no, donde aprendemos a trabajar en equipo y creamos juntos un modo de vida que se une y relaciona con un proyecto que ambas partes compartimos. **El respeto, tolerancia, entusiasmo y apoyo mutuo, salen a flor de piel en este circulito.** Tener un hijo sería lo más evidente; pero la idea es que antes de esto uno pueda tener otros proyectos, menos valiosos si se quiere, pero igual de importantes, para ver si en verdad son capaces de llegar a mutuos acuerdos, respetándose en cada etapa del mismo.

Puede ser un negocio, hacer alguna actividad al aire libre, construir algo juntos, realizar algún curso como aprender idioma, arte o deporte. Lisa, por ejemplo, nos comentó que antes de contraer matrimonio ellos pusieron sus ahorros (cada cual lo que podía y tenía) en la compra de un automóvil, lo cual hizo ver cosillas interesantes sobre la personalidad y carácter de cada uno, que pudieron pulir antes de ir camino hacia el altar.

Finalmente, como broche de oro, ella mencionó al tercer círculo. Este me encanta y sin duda hay que llevarlo como bandera. Se trata de la denominada **«Pasión»**. Aquí debemos darle rienda suelta a esta emoción intensa y dejar que nuestros impul-

sos corporales marchen con fuerza y fluidez al encuentro con el otro. **El erotismo, deseo y satisfacción sexual entran en juego en este ardiente círculo**, que pone como consigna «compartir un espacio íntimo con el otro», lleno de flechazos, ansias y sexualidad; pero, sobre todo, de «mutuo acuerdo». Es decir, para que funcione bien con los otros dos círculos mencionados, se deben «formar acuerdos pasionales» y así la fiesta transcurrirá en paz. Si el otro no disfruta del encuentro que uno propone, por muy apasionado que nos parezca, no debemos llevarlo a cabo, pues el resultado será negativo con nuestra pareja si esta no se entrega a disfrutarlo o si le disgusta llevarlo a acción, por lo cual en vez de unirnos dejará un vacío que los distanciará. De modo que, la pasión es la dosis más excitante para vivir; siempre y cuando con quien la vivamos firmemos un dulce y estimulante acuerdo de amor previo.

Si uno es capaz de combinar estos tres círculos, es decir, hacerlos interceptar en algún punto, usted y yo tenemos la receta para encontrar al «hombre o mujer de nuestra vida». Si uno es capaz de ser sumamente honesto, sin reservas, ni ataduras; puede amar sintiendo en cada encuentro un sinfín de sensaciones y orgasmos y, a su vez, contempla la idea de armar sus mejores proyectos con el otro. *¡Usted ha encontrado a su «pareja ideal»!*

Era divertido escucharla con tanta euforia, con toda esa convicción al hablar sobre los tres círculos y cómo utilizaba la servilleta de papel para dibujarlos entrelazados entre sí. A decir verdad, ella jamás dio fe que esta teoría circular se aplicara en su vida matrimonial y en ese momento no me animé a preguntarle si ella lo aplicaba.

En mi opinión lograr esto y decir que «puedo volar hasta la luna» me resulta igual de posible. De todos modos mis felicitaciones a quien lo consiga y por cierto, de ser así, envíenme un *mail* o carta a mi domicilio, así doy fe que esto es posible, en la próxima edición del libro.

De todas maneras nos dio tanto gusto su entusiasmo que pedimos un vino espumante para cerrar la velada, a pesar que ni Fabi ni yo veíamos con claridad cómo hacer para aplicar esta extraordinaria teoría en nuestra pareja.

Con alegría por nuestro encuentro y a modo de agradecimiento, Alberto agregó:

—Los vinos espumosos siempre se asocian con el amor. ¡Que reine el amor en Mikonos!

—¡Mikonos! —exclamamos todos entusiasmados en un brindis que entre risas y aplausos culminó.

El 20 de julio de 1969 el hombre por primera vez pisó suelo lunar, cuarenta y tantos años más tarde, ese mismo día, mi prima con sus treinta y largos encima, se acercó al banco de la plaza donde me encontraba (junto a los juegos infantiles y un arenero a mis pies) para contarme la espectacular revelación que su joven y guapo psicólogo le había hecho minutos atrás. Desesperada por no encontrar al hombre de su vida y luego de romper con su último intento de amor sin grandes ambiciones a futuro, había decidido averiguar qué sucedía. Antes de consultarle a su psicólogo pasó por un tarotista, una vidente y una gitana que adivinó mediante la lectura de la mano su fortuna y amoríos; mas lo que había cesado su angustia existencial eran las palabras reveladas por su psicólogo (que parecía sacado de una película de James Bond, más que de la academia freudiana) que arribaron a sus oídos cual si fueran el mejor regalo que podía darle alguien ese Día del Amigo.

Se trataba de una teoría llamada «**las tres patas de la mesa del amor**». Imagínense la risa espontánea que lancé al oír ese nombre, no podía creer que algo tan importante, con fundamentos psicológicos, pudiera llamarse así. De todos modos, más allá de la distracción que me generaban los niños que revoloteaban por todos lados, el coro de algunas bocinas que en la calle se anunciaban y ese nombre tan informal; la exaltación de

ella hizo que intentara calmar mi risa (aunque sea por respeto) y me detuve para escucharla, con la mayor seriedad que podía.

Esta teoría explicaba que para encontrar al amor ideal uno debía ver bajo la mesa. Si la mesa estaba sostenida por las tres patas fundamentales entonces uno tendría el «¡gran banquete de su vida!».

¿Cuáles son esas patas?

Bueno, la primera pata consiste en **«las ambiciones»**, es decir, uno debe tener en cuenta hacia dónde va nuestra pareja, cuáles son sus metas personales y las nuestras, para así entender objetivamente si estas metas son similares o compatibles entre sí.

Recuerdo que le consulté qué pasaba si uno tenía metas diferentes, es decir, si uno ambicionaba con tener muchísimo dinero, cosas de lujo y el otro no; o si uno ansiaba realizar un casamiento multitudinario y ostentoso y el otro quería que su matrimonio fuera íntimo y sencillo.

Ella lo resumió con la siguiente frase: «Posiblemente, de ser así, fracasarían». Suspiré angustiada, porque generalmente cada quien prioriza sus deseos personales y es difícil encontrar quien quiera o tenga metas en común con uno, no forzándose o esforzándose por tenerlas; sino simplemente que coincidan. Porque he visto, incluso experimentado, cambiar algunas cuestiones para poder coincidir, mas generalmente uno va para el norte y otro para el sur.

Luego de ver mi cara angustiada, trató de darme ánimo con la segunda pata, la cual casualmente hablaba de **«la no vergüenza»**, es decir, que uno debe destruir el tabú y todas aquellas reservas que escondemos frente al otro, con la intención de agradar.

La vergüenza, también denominada pena en algunos países, es una sensación que padecemos, porque nos trae cierta idea de deshonra y aquí aparecen sentimientos relacionados con la culpa y la condena. Para hablar con mayor simpleza, en esta pata nos encontramos con una barrera que tenemos que romper o

Sigue leyendo esta historia
en tu formato favorito